



manuel olimón nolasco

historiador

UMBRAL

HACE DOSCIENTOS CINCUENTA AÑOS

Pbro. Dr. Manuel Olimón Nolasco.

1.- Memoria de un destierro.

Hace doscientos cincuenta años pasó por estas tierras que en la actualidad son el asiento de la "porción del pueblo de Dios" que corresponde a la diócesis de Tepic, una peregrinación muy especial. Silenciosos aunque habían sido buenos predicadores, en actitud que revelaba mansedumbre aunque habían sido indómitos en sus afanes apostólicos, aceptando por lo que tenía de designios inescrutables que requerían oración y discernimiento lo que a los ojos de todos y en el juicio de la historia era voluntad despótica e injusta, marchaban lentos. Eran peregrinos que miraban al cielo para no fijarse en el polvo de la tierra. Eran los jesuitas que venían, unos, de la Baja California y de Sonora, desembarcados en la bahía de Matanchén y otros de la agreste sierra de "San José del Gran Nayar", que llegarían unos a Tepic y otros a Jala o Ixtlán atravesando duros caminos. La razón de esa extraña peregrinación era que el 25 de junio de 1757 se había hecho público un decreto del rey de España, Carlos III, en el que de manera autoritaria--el rey definía a sus súbditos como "hechos para obedecer y no para discutir"--ordenaba la expulsión de todos sus dominios (que eran extensísimos y se ubicaban en tres continentes, Europa, América y Asia) de los miembros de la orden religiosa de la Compañía de Jesús, cuyos miembros eran llamados jesuitas.

El tortuoso camino del destierro, custodiado por piquetes de soldados que no se distinguieron en el buen trato, atravesó los campos de México, sus villas y ciudades, deteniéndose en distintas poblaciones procurando que se entrara a ellas de noche y se emprendiera de nuevo el viaje antes

de la salida del sol, pues el afecto de la gente podía expresarse de modo que pareciera un motín popular contra la autoridad real que había sido tan clara al disponer hasta la pena de muerte para quienes mostraran rebeldía. De hecho, en San Luis Potosí hubo ejecuciones capitales motivadas por un motín popular en defensa de los religiosos. Su magnitud sólo fue superada por el levantamiento de Hidalgo en 1810.

El padre Francisco Javier Clavijero, veracruzano que salió al destierro desde el Colegio de Guadalajara, en sus notas italianas escribió lo que vio en la capital novohispana, líneas que a tantos años de distancia todavía transmiten la emoción profunda, el silencio de perplejidad y la inacción obligada ante la cercanía de las armas de esos días: "Se hallaba aquella ciudad en la mayor consternación. Siendo tan populosa como la mayor del mundo, se percibía un profundo silencio por todas partes, porque la gente se encerró en sus casas para abandonarse al llanto. Enmudecieron las campanas, se cerraron las tiendas y no se permitía andar embozados ni acompañados por las calles. No creo que mostraría más triste semblante, ni haría mayores demostraciones de dolor la corte de Egipto aquel funestísimo día en que amanecieron muertos todos sus primogénitos por la espada del ángel exterminador...Las almas religiosas presentaban al trono del Altísimo las más fervorosas oraciones y ofrecían para obtener su misericordia los más dolorosos sacrificios. Ni los hombres más insensibles a las calamidades de sus hermanos nos rehusaron el tributo de sus lágrimas...Al salir de la ciudad...a pesar de la multitud de soldados que embarazaban el acceso, se arrojaban intrépidos a los coches y en voces que apenas permitía articular el sentimiento decían: '¡Infelices nosotros que nos llevan a nuestros Padres y con ellos la fe y la religión! ¿A dónde acudiremos ahora para el remedio de nuestras almas? ¿quién instruirá a nuestros hijos? ¿Quién nos auxiliará en nuestra muerte?..' Otros (aun de los mismos soldados) fulminaban a gritos maldiciones contra el rey y sus ministros".

El viaje siguió hacia el puerto de Veracruz y de ahí, en embarcaciones no siempre cómodas, a La Habana para, después de penosos días en la navegación, en los alimentos y en el trato, llegar a Cádiz y de ahí, tras breves días, a los lugares destinados para ellos en ciudades italianas que entonces estaban bajo la soberanía del Papa.

2.- Labor de singular valor.

¿Quiénes eran los jesuitas y por qué esa saña y urgencia de expulsión de la tiranía implantada en España? La labor que en toda la entonces llamada Nueva España habían desarrollado desde 1572 fue principalmente en dos ámbitos diferentes pero necesarios para la configuración de una cultura

sólida entre los habitantes: una red de Colegios de calidad donde se formaron generaciones útiles a la sociedad desde Centroamérica hasta el Norte de México y en misiones entre pueblos indígenas marginales, de nivel cultural menos elaborado que, por ejemplo, los nahuas y por consiguiente, mucho más difíciles de conocer e integrar: la Pimería (Durango y Sonora), la sierra Tarahumara, la del Nayar y algunos lugares de difícil acceso en Querétaro y San Luis Potosí.

Los Colegios fueron centros de integración de saberes sólidos y de fuerte arraigo humanista, abiertos, desde luego, a la inspiración cristiana en cuanto a la puesta en práctica de virtudes. Las publicaciones que en ellos se hicieron tanto para servir de texto en las cátedras o ejercitar a los estudiantes como para enriquecer el acervo de la cultura mundial, circularon por todas partes con gran utilidad. En los sitios de difícil misión, en sierras y desiertos, tuvieron la paciencia y el tino de estudiar a fondo las condiciones de vida, las tradiciones recibidas y su ejercicio cotidiano, las maneras de concebir el mundo y a Dios. Bástenos mencionar la obra del padre Eusebio Kino en las dos riberas del Mar de Cortés y en el interior de Sonora y Arizona para ponderar ese trabajo y los preciosos documentos para el conocimiento de la cultura de los habitantes antiguos del Nayar escritos por el padre José Ortega, tlaxcalteca de origen: la "Gramática cora" y sobre todo los "Apostólicos afanes de la Compañía de Jesús" y la "Maravillosa reducción y conquista de la provincia de San José del Gran Nayar", monumentos que leídos con ojos actuales son textos de etnología y antropología cultural, pero leídos con los de su orientación original, son manuales para el acercamiento pastoral.

Para los ministros de Carlos III y en las cortes de Francia y Portugal, el modo de ser de los jesuitas y su apego al Papa como cabeza visible de la Iglesia, impedía que sus planes de "supremacía del Estado sobre la Iglesia", expresada en concreto en que los Padres debían considerarse "antes vasallos del Rey que sacerdotes" pudieran llevarse a cabo. Había que calumniar, desprestigiar y... desterrar.

Sin embargo, el destierro no lo llenaron con nostalgias y tristezas, o si se quiere, la nostalgia se convirtió en creatividad fecunda. En Italia los Padres siguieron hablando y escribiendo sobre México e hicieron saber, en ambientes "ilustrados" que consideraban a América como lugar de salvajes, la grandeza de la civilización no sólo forjada en los siglos posteriores a la conquista sino la que se fue integrando desde los tiempos prehispánicos. La "Historia antigua de México" del padre Francisco Javier Clavijero tiene un valor comparable a cualquier obra del género hecha en Europa. El padre Rafael Landívar, "mexicano nacido en Guatemala" (así hablaba de su origen), escribió un amplio

texto en latín que pintó un recorrido por los campos de México con el título de "Rusticatio mexicana". La calidad de la lengua y la belleza de la descripción sólo pueden igualarse con Virgilio, Horacio u Ovidio, próceres de la literatura latina clásica.

3.- Consecuencias de un decreto despótico.

En el prólogo a la edición de 1944 de la "Historia" de Clavijero, el padre Mariano Cuevas, jesuita también, calificó el "bárbaro decreto de Carlos III" como "primer peldaño, hacia abajo, de nuestras ruinas nacionales". Y en cierto modo tenía razón, aunque, si nos acordamos de que "Dios escribe derecho sobre renglones torcidos", de esas ruinas surgieron, al modo de flores en el erial, dos realidades, la primera dolorosa, porque supuso derramamiento de sangre: el agravio que sufrió el pueblo mexicano con la expulsión de los jesuitas avivó la realidad de que México era una nación adulta que tenía ya una identidad diferente a otras y que merecía el autogobierno. Esa idea, que se convirtió en convicción ante los hechos, alimentó el deseo de independencia. Y la segunda gloriosa: los desterrados llevaron consigo a Europa, además de la prueba de que en América no reinaba la ignorancia y la barbarie, la devoción sólida a la Virgen María bajo la advocación de Guadalupe, la que "no hizo igual con ninguna nación". En templos y capillas italianos y, desde luego, en muchos hogares, se colocaron imágenes de ella, se fomentó la devoción y el tan citado padre Clavijero redactó e hizo imprimir en Bolonia en italiano, el precioso relato de las apariciones guadalupanas. Un "Breve raguaglio...", que fue, en su textura exquisita y delicada, como un toque de la ternura de Aquella que animó a los mexicanos en sus tristezas y preocupaciones y sin duda en la dureza del exilio con una pregunta que es en realidad afirmación rotunda: "¿Qué no estoy yo aquí, que soy tu Madre?"

No será inútil--estoy convencido--en nuestros tiempos tan urgidos de afirmar nuestra identidad mexicana, traer a la vida, de los archivos vivos de nuestra historia, lo que aconteció hace doscientos cincuenta años.